

cia á veces es sufrimiento de injurias, y á veces de trabajos, ó de enfermedades, ó de diversas necesidades; y así para la una como para la otra tenemos tan grandes ejemplos y esfuerzos en el árbol de la sancta Cruz, que quien pusiere los ojos en ella, verá que todas sus ramas dan fruto de paciencia, y figurársele ha que para ninguna otra cosa sirve mas principalmente este árbol sagrado, que para esta virtud. La cual señaladamente alaba Esaías en nuestro Salvador por estas palabras (c): Así como la oveja que llevan al matadero, será llevado á la muerte, y como el cordero delante del que le tresquila enmudecerá, y no abrirá su boca. En las cuales palabras el Profeta con estas dos comparaciones de oveja y de cordero nos representa la grande mansedumbre, paciencia y silencio deste Señor en medio de todas las tempestades y trabajos de su pasión. Porque cierto es cosa admirable ver cuán señor estuvo él de sí mismo en su acusación y condenación, y cuán conforme y subjecta estuvo su ánima sanctísima con la soberana divinidad que en él estaba. En lo cual se ve que no fué él por fuerza llevado á la muerte, sino que voluntariamente se ofreció á ella. Y llevándolo preso y maniatado, y siendo acusado con calumnias mentirosísimas ante jueces injustísimos y enemigos suyos, entre tantos clamores de los que le acusaban y pedían la muerte; y siendo arrebatado y llevado violentamente, y herido, y escarnecido, ¿con cuánta moderación y gravedad se hubo en todas estas tormentas? No se quejó, ni dió voces, ni derramó lágrimas de flaqueza, ni desmayó con los trabajos, ni suplicó á los jueces, ni pidió relajación de sus penas. Ni tampoco se airó, ni indignó contra tantas injurias, y sinjusticias, ni echó maldiciones á sus acusadores, y jueces, y ministros de aquella crueldad; y finalmente ninguna palabra salió de aquella sagrada boca áspera ni injuriosa. Ni tampoco para ostentación de quien él era, habló alguna palabra grande, ni hizo algun milagro, especialmente en casa de Heródes que mucho lo deseaba. No hizo largos razonamientos en la defensa de su inocencia. No abatió su dignidad, ni quitó á los jueces la suya, conservando siempre una grandísima templanza en caso de tanta dificultad y angustia. Cuando vió que nada había de aprovechar, calló; y cuando fué menester responder, siendo preguntado, habló pocas palabras, y con gran modestia, porque su silencio no fuese atribuido á contumacia. Y porque no pudiesen pretender ignorancia del mal que hacían, declaró quién era sin injuria de nadie. Y cuando fué llevado al tormento de la cruz, no fué por el camino hablando muchas palabras, ni tampoco habló dende la cruz al pueblo que presente estaba, declarando su inocencia, y culpando á los testigos, y acusadores, y jueces. Esta fué la sabiduría, la templanza, la constancia y la moderación que tuvo en aquel tan grande ruido, y en aquella confusión y perturbación de todas las cosas. En lo cual se ve que toda aquella tan grande obra fué regida por consejo divino, y que este Señor tenía mandamiento de su eterno Padre, al cual obedecía con tan grande humildad, sin alguna manera de contradicción ni repugnancia.

Mas no se puede callar aquí otra maravillosa circunstancia desta paciencia, que fué el extremado silencio que el Salvador guardó entre tantas acusaciones y falsos testimonios en causa tan grave: del cual dice el Evangelista (d) que estaba el Presidente en gran manera mar-

(c) Esai. 53. (d) Matt. 27.

villado, tanto que dijo al Salvador: ¿No ves cuántos testimonios dicen contra tí? A lo cual el Señor no respondió palabra. Y otra vez preguntándole el Presidente de dónde era (e), tampoco respondió. Por lo cual el juez espantado de tan gran silencio, le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para soltarte?

Quiero pues yo agora filosofar sobre este silencio del Salvador. Para lo cual imaginemos agora que este Señor no era el que era, sino un hombre inocente y sin culpa. Pues este tal, viéndose falsamente acusado, ¿qué hiciera? ¿qué dijera? ¿No respondiera por sí? No negara los falsos testimonios? No afirmara con mil juramentos que era inocente? No tachara los testigos, pues era notoria al mismo juez la invidia y odio de sus acusadores? No pidiera mas plazo para su defensa, pues nunca se vió en espacio de medio día ser un hombre acusado y sentenciado? No apelara para el César, como hizo Sant Pablo? No pidiera justicia al cielo y á la tierra contra tan grande sinjusticia? Todo esto y mucho mas hiciera y hace cualquier hombre falsamente acusado. Y sintiendo esto el juez (que tan fácil era de entender), como hombre de razón, tuvo gran motivo para maravillarse de tan extraño silencio. Porque podía él decir entre sí: ¿Qué novedad es esta? ¿Qué silencio es este? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo se vió que un hombre acusado falsamente en crimen de muerte, y mas tal muerte, cerrase la boca, y ninguna palabra hablase en su defensa? Pues ¿qué hombre prudente hubiera, que considerando esto no barruntara que había allí alguna cosa mas que humana?

Y si este silencio fué tan admirable, no ménos lo fué el que guardó en casa de Heródes (f), donde muchas veces preguntado, ninguna palabra respondió. Porque quien voluntariamente se ofrecía á padecer, no había para qué hablar cosa que impidiere su pasión. Pues tornando á filosofar aquí, como en el silencio pasado, si este Señor no fuera el que era, sino (como dijimos) un hombre sin culpa, ¿qué había de hacer siendo presentado y acusado ante su rey natural, sino decir: Señor, yo soy vuestro vasallo, y vos mi rey, y como tal es razón que me tomeis debajo de vuestro amparo, y me defendais destes enemigos y de sus falsas acusaciones? Los cuales con odio rabioso y invidia que tienen contra mí por reprehender yo sus vicios y maldades, desean beberme la sangre. Ya hicieron todo cuanto pudieron por que Pilato me condenase; y viendo él mi inocencia, no quiso hacer cosa contra justicia, y lavó sus manos deste negocio. Y por eso me remite á vos, como á natural de vuestro reino: pidoos que me hagais justicia, y no consintais que prevalezca la malicia contra la inocencia. ¿Quién puede negar que cualquier otro hombre inocente alegrara esto y mucho mas para defensa de muerte tan infame? Pues nada desto hizo ni dijo el Salvador, siendo presentado y acusado en estos dos tribunales; mas ántes guardó una tan grande mesura y gravedad, y un tan extraño silencio, cual jamas se vió dende que Dios crió el mundo. Por lo cual necesariamente habemos de confesar que alguna cosa había en aquella persona mas que humana, pues en ella se hallaba lo que nunca se vió en criatura humana; pues está claro que diferentes efectos han de proceder de diferentes causas; y por consiguiente habemos de confesar que esta paciencia no era humana,

(e) Joan. 19. (f) Luc. 23.

CAPITULO XIX.

Fructo décimotercio del árbol de la Cruz, que son ejemplos y motivos grandes para todas las virtudes.

No solo para estas virtudes susodichas (que son tan principales), sino tambien para todas las otras tenemos grandes ejemplos y motivos, así en la vida como en la muerte de nuestro Salvador: los cuales nos incitan á imitarle, y hacernos semejantes á él. Para lo cual es de saber, que la summa de toda la perfección del hombre consiste en esta imitación y semejanza con Dios (que es la primera regla y medida de toda perfección). Y así cuanto una criatura fuere mas semejante á él, tanto será mas perfecta, y mas amada dél; pues la semejanza es causa de amor. A esta imitación y semejanza nos llama él, cuando tantas veces en las Escrituras sagradas repite estas palabras (a): Sed sanctos, así como yo lo soy. Y el Salvador en el Evangelio dice (b): Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial lo es. Y en otro lugar (c): Sed, dice él, misericordiosos, así como vuestro Padre celestial lo es. Esto mismo nos enseñan tambien (entre otros filósofos) Platon y Plutarco, exhortándonos á esta imitación y semejanza de Dios.

Mas á estos podríamos preguntar, ¿en qué han los hombres de imitar á Dios? ¿Pueden ellos criar otro nuevo mundo y gobernarlo? Responderán que no; mas que imitemos su virtud y sanctidad. Esa virtud (dirá el hombre rudo) querria yo ver mas palpablemente, para poderla imitar; porque en Dios es ella invisible, así como él tambien lo es. Pues porque no tuviesen los hombres excusa para esto, vistióse este Señor de carne humana, y el invisible se hizo visible; para que así pudiésemos ver y imitar las virtudes admirables que en esta carne mortal nos descubrió.

Vino pues este celestial maestro al mundo, y trató y conversó con los hombres con tanta mansedumbre, con tanta benignidad, con tanta humildad, y con tanta sanctidad; anduvo por la tierra de ciudad en ciudad, y de lugar en lugar, haciendo tantos beneficios á los hombres, predicándoles tan maravillosa doctrina, dándoles tantos ejemplos de virtud, haciendo tantos milagros, ordenándoles tantos sacramentos, obrando tantos misterios, sufriendo los males con tanta paciencia, reprehendiendo los vicios con tanta severidad, tratando á los buenos con tanta suavidad, y haciendo á los hombres tantas obras de caridad, cuanto nunca se hicieron en el mundo, ni harán jamas. Y no contento con esto, para mayor muestra de su bondad y misericordia, al cabo de la vida, despues de lavados los piés de sus discípulos, y ordenádoles aquel tan admirable sacramento de su sacratísimo cuerpo y sangre, para sustentación y reparo de nuestra vida, llegó por nuestro remedio á ponerse en una cruz: en la cual como un mansísimo y inocentísimo cordero se ofreció por nosotros en sacrificio, no solo para rescate de nuestro captiverio, sino tambien para confusión de nuestra soberbia, para ejemplo de humildad, para prendas de su amor, para estribo de nuestra confianza, para consuelo de nuestras angustias, para estímulo de todos los honestos trabajos, y para despertador de nuestra devoción.

Pues para esta imitación y semejanza, ¿qué medio mas conveniente que hacerse Dios hombre, y conversar tan sanctamente con los hombres? Y porque el hombre no

(a) Levit. 19. et 20. (b) Matth. 5. (c) Luc. 6.

sino divina. Porque verdaderamente (como solemos decir) que si Dios había de nacer, había de nacer de virgen: así podemos tambien decir, que si Dios había de padecer, desta manera había de padecer, y si se había de presentar en juicio, desta manera se había de haber en él.

Pues esta tan perfecta mansedumbre y paciencia quiere el apóstol Sant Pedro que tengamos ante los ojos; para que con la consideración de cosas tan grandes tengamos paciencia en las pequeñas. Y así dice él (g): Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas: el cual, oyendo maldiciones, no maldecía, y padeciendo agravios, no amenazaba; mas ántes se entregaba al que lo juzgaba injustamente, pagando por nuestros pecados en el madero; para que muriendo á estos, viviésemos en sanctidad y justicia.

§. ÚNICO.

De cómo es medicina universal para todos los trabajos esta paciencia de Cristo.

Con este mismo ejemplo nos esfuerza y consuela el apóstol Sant Pablo diciendo (h): Poned los ojos en aquel Señor que tan grandes combates y contradicciones padeció de los hombres malvados, para que no os congojéis y desfallezcáis en vuestros corazones; pues aun no habeis llegado á derramar sangre por resistir á los pecados. Y segun este consejo del Apóstol, el que no quiere desfallecer en la carrera de la virtud, ¿qué otro dechado ha de poner delante de sí? ¿A qué otro báculo se ha de arrimar para no caer, sino al árbol de la sancta Cruz? Porque aquí hallará á quien imite, y á quien le esfuerce, y con quien en todos sus trabajos y aflicciones se consuele. Dicen los que escriben de la naturaleza de los animales, que llegando el unicornio á algunas aguas emponzoñadas, tocándolas con el cuerno que tiene en la nariz, les quita toda la ponzoña; y así llegan los otros animales seguramente á beber dellas. Pues lo que obra el cuerno deste animal, obra en su manera el árbol de la sancta Cruz: el cual hace que las aguas de las tribulaciones y angustias, que sin ella no se podían tragar, con ella las puedan los siervos de Dios dulce y suavemente beber.

Pues los enfermos, los atribulados, los pobres, los afligidos, ¿qué otro consuelo mas eficaz tienen para sus angustias, que este árbol sagrado? Porque en este Señor está aparejada una medicina saludable para todas nuestras angustias, y una eficazísima consolación para todas las tribulaciones desta vida. Ca este piadoso Señor experimentó en sí frio, calor, cansancio, hambre, sed, pobreza, necesidad, persecuciones, deshonras, menosprecios, injurias, asechanzas, traición de su familiar discípulo, desamparo de los suyos, prisiones, calumnias, azotes, escarnios, hofetadas, desnudez, tormentos, cruz, muerte y ajena sepultura. Mas todo esto; con cuánta paciencia, con cuánta igualdad de ánimo, con cuánta modestia y silencio! Pues; cuán grande consolación es la consideración desto para los afligidos! ¿Cuán grande freno para los ricos y poderosos, y cuán grande doctrina y sabiduría para unos y otros!

(g) 1. Petr. 2. (h) Hebr. 12.

podía levantarse á imitar las obras de aquella soberana Majestad, convenía que se inclinase la Majestad á hacer tales obras en su humanidad, que el hombre ni las extrañase por ser divinas, ni las tuviese por imposibles, pues eran humanas. Pues esto hizo el Hijo de Dios con la humanidad que recibió: en la cual nos dejó los ejemplos de todas estas virtudes que recontamos, para que ya que no le podíamos imitar en las obras de su sabiduría y omnipotencia, le imitásemos en las de su bondad y justicia. Y los ejemplos deste Señor son los mas eficaces para el hombre que se podían hallar; porque los ejemplos de humildad tanto son de mayor eficacia, cuanto son de persona mas alta; y no podía haber persona mas alta que el Hijo de Dios. Cuyos ejemplos demas de ser ejemplos, y tales ejemplos, tambien son beneficios, y misterios, y remedios y sacramentos, y sacrificios y medicinas de nuestra enfermedad, y despertadores de nuestra devoción, y estímulos de nuestro amor, y materia de altísima contemplación.

Pues ¿qué resta aquí sino exclamar con el bienaventurado Sant Bernardo, diciendo: ¿Qué haré, Señor, ó qué diré, pues tuviste por bien hacer un espejo en que yo me mirase de vuestra carne? Y dice muy bien *espejo*; porque este se hace de vidrio y de plomo: no del uno solo, porque el vidrio es muy claro, y el plomo muy oscuro; y así ni el uno ni el otro era suficiente para hacerse espejo, mas juntándose lo uno con lo otro, viene á hacerse un espejo perfecto. Este parece haber sido el consejo divino cuando determinó juntar el resplandor de su divinidad con la oscuridad de nuestra humanidad, para que los que no podíamos tener por espejo y ejemplo de nuestra vida las virtudes de la Divinidad por ser tan altas, tuviésemos las de la sagrada humanidad, por ser mas conformes á nuestra naturaleza.

Fué este remedio proporcionado para la cura de nuestra caída, que fué desear el hombre (como tambien deseó el ángel) la semejanza de Dios; la cual prometió la serpiente á la mujer, cuando le dijo (*d*), que comiendo de aquel árbol serían ella y su marido como Dios. Dijo pues Dios, como escribe Sant Bernardo (*e*): Esta gente se pierde por imitarme, y ser semejante á mí: pues quiero hacerme tal, que imitándome ellos, no sea para perderse, sino para salvarse. Deseabas pues, hombre, ser semejante á Dios (porque esta es la mayor gloria que puede haber despues de Dios), cata aquí á Dios en tal figura que lo puedas imitar sin peligro, y alcanzar esa semejanza que deseas.

§. único.

Eficacia del ejemplo que nos da la majestad de Cristo en este soberano misterio.

Este es pues uno de los principales frutos del árbol de la Cruz, como lo declara Sant Leon, papa, por estas palabras (*f*): Dos maneras de remedio se nos proponen en la pasión del Salvador: en la cual tenemos por una parte sacrificio, y por otra ejemplo; porque por lo uno se nos da la gracia divina, y por lo otro se esfuerza la naturaleza humana. Porque así como Dios es el autor de nuestra justificación, así el hombre es deudor de su devoción. Y añade el mismo Sancto (*g*): Por esta inefable obra de nuestra reparación no nos queda lugar ni para soberbia, ni para negligencia; porque nada tenemos de

(d) Gen. 3. (e) Serm. 1. de Adventu Dom. (f) Serm. 16. de Pass. Dom. cap. 5. (g) Eod. serm. cap. 6.

nuestra parte, sino lo que hemos recibido; y juntamente somos amonestados que no seamos negligentes en usar de los dones de gracia que hemos recibido. Porque justamente nos obliga á la guarda de sus mandamientos, quien nos previene y ayuda con sus socorros; y benignamente nos convida á su obediencia, quien nos lleva á su gloria. En las cuales palabras dice este Sancto que nos convida el Señor benignamente al trabajo de la obediencia, porque entreveniendo aquí tales ejemplos, se nos hará dulce padecer por nuestra salud propia, lo que el Señor de la majestad padeció por la ajena. Mayormente que no hay obra buena que quiera ejercitar un hombre virtuoso, para la cual no le sea grande esfuerzo levantar los ojos á Cristo crucificado. Descendamos en particular á declarar esto.

Quiere un devoto penitente tomar una disciplina para satisfacer por sus culpas: rehusa la carne el golpe del azote. ¿Qué hace este? Levanta los ojos á aquel Señor que está en la Cruz rasgadas y despedazadas las espaldas con azotes por los hurtos y pecados ajenos; y averguénzase de no rasgar él las suyas por los hurtos propios. Quiere este mismo una cuaresma ó una semana sancta, ó cada viérnes del año dormir sobre una tabla en memoria de lo que este día el Señor del mundo padeció por él: rehusa esto la carne amiga de blanduras y regalos. Pone entónces el hombre los ojos en aquella dura cama que este Señor tuvo en la Cruz, tan estrecha que fué menester tener un pié sobre otro; donde no hubo otra almohada, sino una corona de espinas que le ceñía la cabeza; ni otra cama, sino aquel duro madero. Quiere otro en penitencia de sus pecados ayunar un día á pan y agua por la misma causa: para esforzarse á esto pone los ojos en la mesa que aquel Señor tuvo en la Cruz, de que él hace mencion en el salmo que dice (*h*): Diéronme hiel por manjar y vinagre para beber en mi sed. Quiere este mismo traer un cilicio para mortificar la carne, como lo traía la sancta viuda Judith (*i*), ó una cadena de hierro ceñida, como la traía Sancta Catalina de Sena y otros muchos sanctos: pone para esto los ojos en las prisiones con que el Rey de la gloria fué atado á la columna, y llevado preso como ladrón por las calles públicas de un pontífice á otro pontífice, y de un tribunal á otro tribunal.

Estas consideraciones sirven para las obras penitenciales, con las cuales queremos satisfacer á la divina justicia por nuestras culpas, y enflaquecer las malas inclinaciones de nuestra carne, debilitando y enflaqueciendo la misma carne que es la raíz dellas.

Mas pasemos agora á otro linaje de virtudes que tampoco carecen de dificultad. Ofrécese á uno ocasion de quitar el pan de la boca para socorrer á la necesidad ajena: para esto pone los ojos en la liberalidad inmensa de aquel Señor que dió á sí mismo por nosotros; el cual, como dice Sant Bernarde (*k*), nos dió su carne para comer, y su sangre para beber, y su vida en precio de nuestro rescate, y el agua de su costado para lavatorio de nuestros pecados. Levantan os un falso testimonio con que escurecen vuestra fama, y os ponen título de malhechor: ¿qué consuelo puede haber mayor para esto, que acordaros de los falsos testimonios y títulos afrentosos con que infamaron á este Señor, llamándole tragador y bebedor de vino, amigo de pecadores y publicanos, samaritano, endemoniado, loco, nigromán-

(h) Psalm. 68. (i) Judit. 9. (k) Supr. Cant. serm. 54.

tico, engañoso, malhechor y revolvedor de pueblos? Pues ¿qué corazón habrá tan delicado y tan impaciente por sus infamias, viendo cuánto fueron mayores las que el espejo de la inocencia padeció? Recibió una bofetada un hombre de otro. Pues ¿qué mayor consuelo para esto que considerar cuántas bofetadas y pescozones recibió el día y la noche de su pasión el Hijo de Dios en aquel rostro que desean mirar los ángeles? Hácesele de mal á un hombre dar á torcer su brazo y humillarse á otro hombre. ¿Qué mejor medicina se le puede ofrecer para curar esta hinchazon de soberbia, que despues de haber contemplado al Señor de los ángeles nacido en un establo, acostado en un pesebre, y prostrado ante los piés de los pescadores lavándolos con tanta humildad, y levantando los ojos á lo alto, ver al Señor de los ángeles puesto entre dos ladrones? Es otro tentado de pasión y odio contra sus enemigos: pues para refrenar esta pasión, ¿qué otro remedio mas eficaz que levantar los ojos á aquel Señor que puesto en la Cruz, azotado, coronado con espinas, escarnecido, menospreciado (como olvidado de todos estos dolores), la primera palabra que habló, antes que consolase á su afligidísima Madre, y que encomendase su espíritu al Padre, fué pedirle perdón por aquellos que le crucificaban, excusando su pecado, diciendo que no entendían el mal que hacían (*l*)?

Pues quien todas estas cosas diligentemente considerare, verá cuán gran favor y socorro tenemos con la Cruz del Señor para todo lo bueno. Porque no solamente nos esfuerzan, los ejemplos que vemos en ella, á padecer (y mas tales ejemplos como arriba declaramos), sino tambien el espíritu de gracia que se da á los que con ojos humildes y devotos miran á este Señor en la Cruz, y se acogen á sus sacratísimas llagas.

CAPITULO XX.

Fructo décimocuarto del árbol de la Cruz: que es la profesion de la aspereza y pobreza de la vida evangélica.

La doctrina deste capítulo no es para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la aspereza, pobreza y perfeccion de la vida evangélica. Para lo cual aprovecha en tanto grado el misterio de la Cruz, que parece haber sido instituido para solo esto. Porque para ayudar á un género de vida que todo es cruz, no podía haber otro medio mas eficaz y proporcionado que el misterio de la Cruz. Mas este árbol sagrado tiene ramas altas y bajas; porque en él hallarán todos los grandes y pequeños, y todos los fuertes y flacos lo que á cada cual de todos los estados pertenesce, puesto caso que mucho mas sirve para los perfectos, como árbol de summa perfeccion, y tal es la que en este fructo queremos declarar.

Para lo cual será necesario explicar en qué consiste la perfeccion de la vida cristiana. Para entendimiento desto conviene declarar la diferencia de las dos principales partes de que el hombre está compuesto, que son cuerpo y ánima: entre las cuales hay tan grande distancia, que la una es la condicion de las bestias, y así come, y bebe, y duerme, adolesce y muere como ellas; mas la otra, que es el espíritu, es de la condicion de los ángeles, y así segun su propia naturaleza ninguna cosa corporal apetece, ni le arma, sino solamente las cosas espirituales, como son las virtudes, y la sabiduría, y el conocimiento y amor de su Criador; porque estas son conformes á su naturaleza, como al cuerpo las suyas; por-

(l) Lue. 23.

que cada cosa huelga con su semejante, y con lo que es conforme á su naturaleza. Pues como en el hombre haya estas dos partes tan desiguales, está en su mano escoger con cuál dellas se quisiere conformar, porque en sí tiene principios para la una y para la otra. Y si escogiere vivir vida corporal, hacerse ha semejante á las bestias, las cuales en ninguna cosa entienden, sino en buscar lo que conviene para sus cuerpos, ora sea para su mantenimiento, ora para sus gustos y deleites. Mas si escogiere vivir conforme á la condicion de su espíritu, hacerse ha semejante á los ángeles, que todo su estudio emplean en la contemplación, amor y servicio de su Criador. De aquí es lo que Sant Augustin dijo sobre Sant Juan (*a*): Que la vida del hombre estaba en medio de las bestias y de los ángeles. Por lo cual si viviere segun los apetitos de su carne, será semejante á las bestias; y si conforme á las leyes del espíritu, tendrá compañía con los ángeles. Pues viniendo á nuestro propósito decimos, que la perfeccion de la vida cristiana consiste en que despreciados todos los gustos y halagos de la carne, y todos sus apetitos y deseos desordenados, sigan las leyes y condicion del espíritu, abrazando y procurando aquellas cosas espirituales que dijimos: imitando la pureza de los ángeles, y ejercitando en la tierra lo que ellos hacen en el cielo, que es amar y alabar á su Criador, y pensar en sus grandezas y maravillas. Esta es la manera de vida que vivieron todos los sanctos, y particularmente aquellos que se apartaron á los desiertos, donde renunciadas todas las cosas del mundo, y contentándose con raíces de yerbas ó algun otro pobre manjar, y quitados de la compañía de los hombres, gastaban los días y las noches tratando y conversando con Dios.

Mas aquí es de notar que la carne enemiga del espíritu resiste poderosísimamente á esta manera de vida, que la priva de los gustos y contentamientos, de que ella tiene una sed y hambre mas que canina. Para lo cual le ayudan tambien todos los sentidos corporales, que naturalmente apetece todas las cosas que los deleitan; porque el gusto quiere cosas sabrosas, el tacto cosas blandas, los ojos desean ver cosas agradables, las narices oler cosas suaves. Ayúdale tambien la presencia de las cosas que apetece (que suele mover mucho los corazones), y juntamente con esto el beneficio y usufructo que recibe dellas; y sobre todo esto nuestro comun adversario, que atiza y sopla las brasas de nuestros apetitos y los enciende, con lo cual hace entender á los hombres que lo superfluo y demasiado es necesario. Pues con estas armas y favores pelea tan fuertemente la carne contra el espíritu, que cuasi á todo el mundo lleva tras sí. Mas por el contrario el espíritu de los que anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, ayudado con los favores y socorros de la gracia, y con la presencia del Espíritu Sancto, que en ellos mora, pelean con mejores armas contra la tiranía y malas inclinaciones de la carne, subjectándola y haciéndola servir y obedecer á las leyes del espíritu cuando ella repugna y contradice á lo que él manda. Pero no se contentan con solo esto, mas aun fuera desta ocasion y necesidad, le dan trabajosa vida y le hacen muchos malos tratamientos para avasallarla, y subjectarla, y habituarla á obedecer; y para estar ellos mas señores della al tiempo del menester. Porque así como los que se crían para la guerra, se suelen ejercitar en las armas,

(a) Trac. 18. de cap. 5. infr. med. tom. 9. et de Civit. Dei, lib. 9. cap. 15. tom. 5.

aprendiendo á jugar dellas, y escaramuzando, justando, torneando: y aprendiendo en tiempo de paz, y sin ver al enemigo, lo que han de hacer en el tiempo de la guerra; así estos esforzados caballeros, por estar mas diestros en resistir á la carne cuando contradice al espíritu, pasan mas adelante, y fuera desta ocasion la traen sopeada y maltratada para criar con este ejercicio aquel sancto odio que el Señor nos encomienda contra ella (b): y para no hallarse nuevos y desacostumbrados cuando es necesario resistirle. Y así escribe Teodoro en la Historia Religiosa de algunos particulares sanctos, así hombres como mujeres, que traian en sus cuerpos grandes pesos de hierro, y otras semejantes cargas. Otros hay que traen continuamente silicios de muchas maneras, otros que toman disciplinas todos los dias. De modo que no solo cuando la necesidad de la tentacion lo pide, sino fuera della tratan sus cuerpos con este rigor; y así no se les hace de mal resistirle cuando la ley de Dios y la razon lo pide. Pues con la continuacion deste ejercicio, y mas con los favores de la gracia, viene la carne poco á poco á hacerse á las armas, que es á espiritualizarse, y acomodarse á la voluntad del espíritu, y obedecerle sin tanto trabajo y molestia. A esta manera de perfeccion nos exhorta el Salvador cuando dice (c): El que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Esta sentencia, aunque el Señor la propuso á todos, así perfectos como imperfectos (segun refiere Sant. Márcos); pero diferentemente conviene á unos y otros, segun la diferencia de sus estados. La cual sentencia es tan compendiosa, que un religioso varon, el cual entendia siempre en la guarda della, solia decir que habia de hacer un libro, y que en todas las hojas dél no habia de escribir mas que sola esta sentencia, entendiendo que esta lo comprehendia todo. El negar á sí mismo dice mucho; porque significa la contradiccion y repugnancia perpetua que habemos de tener con nuestra carne. Porque esta negacion no ha de ser contra los intentos y deseos del espíritu; porque él segun la naturaleza no apetece cosas carnales, sino espirituales, que son conformes á su naturaleza. Por lo cual esta negacion de sí mismo se entiende de la una parte de nosotros, que es nuestra carne.

Y esta negacion ha de ser tan general (si tratamos de la perfeccion de la vida evangélica), que sacado aquello que puntualmente es necesario para la vida (sin lo cual ella no podria permanecer), renunciemos todo lo demas. Y así negar á sí mismo es negar á su carne, sus gustos, y placeres, y contentamientos, y propias voluntades, y privarla de todos los deleites desordenados de los sentidos. Todo esto ha de negar á su cuerpo; á todo esto le ha de decir de no; y esto entiendo que es negar á sí mismo (d). Y el llevar la cruz cada dia, es tomar con paciencia todos los trabajos de enfermedades, de pobreza, de persecuciones ó tentaciones que por permission divina nos viniere, resignándonos en las manos de Dios con segura confianza, que todo esto permite él, y ordena para nuestro bien, aunque de presente no lo veamos. El seguir á Cristo tambien es cruz; porque esto es imitarle, y seguirle por el camino que él fué, que es camino de trabajos, de obediencia y de paciencia.

Pues siendo esta la perfeccion de la vida evangélica, ¿qué cosa nos podia mas esforzar y animar á ella, que el árbol de la sancta Cruz? ¿Qué cosa mas eficaz para causar una cruz, que otra cruz, pues es sentencia de filósofos,

(b) Joann. 12. (c) Marc. 8. (d) Luc. 9.

que un semejante engendra otro semejante? Quién será ó tan descomedido, ó tan ciego, ó tan ingrato, que viendole al Señor de todo lo criado, aquel que es resplandor y imagen del Padre, aquel que con su omnipotencia crió todas las cosas, y las ordenó con su sabiduría, y las gobierna con su providencia; y cuyas riquezas, cuya bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con otros mil mundos que criase, puede crecer; que con todas estas grandezas por su sola bondad y misericordia, y por hacernos amadores de la virtud, y de todos los honestos trabajos, padeciese él tantos tormentos en su muerte, y tantas maneras de fatigas en su vida, hambre, sed, frio, calor, vigilijs, cansancios de caminos, y tan gran pobreza, que se mantenía con las limosnas que le hacian aquellas sanctas mujeres que le seguian. Pues ¿cómo será tan descomedido el siervo, que quiera ser mas rico y mas bien tratado que su Señor? ¿Cómo no padecerá por sus propias culpas, lo que el Señor padeció por las ajenas? ¿Cómo puede regalar la carne mal inclinada, viendo cómo este Señor trató la suya que era innocentísima? ¿Cómo pretenderá entrar descansado en la gloria ajena, viendo con cuántos trabajos entró este Señor en la suya propia? Pues segun esto, ¿quién no ve cuántos motivos y esfuerzos para el trabajo, y cuántas maneras de consolaciones tengan en este árbol de la Cruz todos los seguidores de la asperza y pobreza evangélica para todos los trabajos que en ella se les ofrecieren?

CAPITULO XXI.

Fructo décimoquinto del árbol de la Cruz: que es ser ella materia de altísima meditacion y contemplacion.

Entre las alabanzas del varon justo se escribe en el primero de los Salmos (a), que meditará en la ley del Señor dia y noche. Y tras esto añade luego el fructo admirable deste ejercicio, diciendo que el que así lo hiciere será como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará su fructo en su tiempo, y nunca perderá las hojas, y que en todas las cosas que pusiere las manos será prosperado. No se podian poner en tan pocas palabras mas magníficas promesas. Donde por el nombre de la ley de Dios no solo entendemos la ley escrita, sino mucho mas la ley de gracia, y el fundamento della, que es el misterio de la Cruz.

Mas primero que hable deste género de meditacion, brevemente diré qué cosa ella sea. Meditacion es considerar con el entendimiento las cosas que pueden mover á amor y temor de Dios, y aborrecimiento del pecado; aplicando la voluntad á sentir y gustar las cosas que el entendimiento le representa para aficionarse á ellas si son buenas, ó desaficionarse si son malas. Digo esto, porque considerar las cosas divinas sin esta aplicacion de la voluntad, mas es estudiar ó especular, que meditar. Antes en este ejercicio la principal parte es de la voluntad, y la menor del entendimiento; el cual sirve de proponer, y representar á la voluntad (que es potencia ciega) todo aquello que le pueda mover á estos afectos y movimientos que dijimos: de modo que el ardor y sentimiento de la voluntad es como fin deste ejercicio; y la consideracion, como medio para venir á él. Mas porque desta materia se trató en el libro de la Oracion, al presente no dirémos mas.

Decimos pues agora que aunque haya muchas cosas

(a) Psalm. 1.

que poder meditar (porque para esto sirve toda la sagrada Escritura, y toda la fábrica del mundo que es el libro de las criaturas); pero la mas excelente materia, la mas provechosa, la mas dulce y devota, y finalmente la mas eficaz para movernos al amor y temor de Dios, y al estudio de todas las virtudes, y aborrecimiento del pecado, es esta. Lo cual se entenderá claramente por todo lo que hasta aquí habemos escrito, y señaladamente por lo que tratamos en el capítulo XIX, donde declaramos, cómo todas las virtudes resplandescent en el árbol de la Cruz en summo grado de perfeccion: en las cuales señaladamente pone los ojos el que devotamente la contempla. En esta consideracion hallaban los sanctos agudísimos estímulos para todas las virtudes: aquí ardentísimos incentivos de amor: aquí profundísimo temor de Dios y aborrecimiento del pecado: aquí encendidísimos deseos de pobreza, de asperza, de hambre, de sed, de desnudez, y de padecer trabajos, y aun de derramar sangre por aquel Señor que por amor dellos derramó la suya. Esto les hace despreciar todas las pompas, y vanidades, y regalos del mundo, y abrazar la cruz de la penitencia, y asperza de la vida. Esta muchas veces los arrebató y suspende en una grande admiracion y espanto de aquella tan inmensa bondad, que el Hijo de Dios nos descubrió en el misterio de la Cruz; y juntamente de la alteza del consejo divino, que tan conveniente medio buscó para reparo del mundo caido. En este abismo profundísimo de la divina bondad muchas veces se hallan anegados, y se pierden de vista, levantándose sobre sí mismos, conociendo, amando, gustando y sintiendo cosas sobre toda la virtud y facultad humana.

Aquí halla el piadoso corazon materia de compuncion, acordándose que sus pecados juntamente con los de todo el mundo fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron y crucificaron este Señor. Y aquí por el contrario halla materia de alegría, viéndose tan amado dél, y redemido por tan caro precio, y enriquecido con tan grandes merecimientos. Aquí tambien halla motivos de alabanza, dando gracias á este clementísimo Redemptor por este tan grande beneficio. Aquí materia de grandísima compasion, viendo lo que aquel delicadísimo é innocentísimo cuerpo padeció, y el silencio y mansedumbre con que lo padeció. Porque demas de los azotes, espinas, y de todos los otros vituperios de la Pasion, el linaje de muerte (que fué de cruz) es uno de los mas crueles que hay, porque no se acaba en breve como el de un hombre que muere degollado, que es (como algunos le llaman) un viento de acero, sino muy prolijo, y las heridas de los clavos son en piés y manos (donde hay mas niervos, que son los instrumentos del sentir) y mas particularmente en los empeines de los piés, que por ser muy sensibles se llaman almas dellos. Pues hincar un clavo grueso por el pié á fuerza de martilladas, y despues pasar el otro con los mismos golpes, y no cesar desto hasta afijarlo fuertemente en el madero, y estar la madre innocentísima presente, para ver y oír los golpes destas martilladas; ¿qué tan grande dolor sería el dolor dél y ella, mayormente siendo aquel sagrado cuerpo el mas delicado y sensible de todos los cuerpos? Pues al tiempo de levantar la Cruz, y dejarla caer de golpe en el hoyo donde habia de ser afijada, y despues cargando el peso del cuerpo para bajo, y desgarrando y ensanchándose con esto mas las llagas de los piés y manos; y esto no por breve espacio de tiempo, sino por tres horas continuas

que hay dende la hora de sexta (cuando el Señor fué crucificado) hasta la nona (cuando espiró), ¿qué tan grandes dolores padecería? No se puede esto con palabras explicar.

Pues en esta piadosa consideracion se hacen muchas veces los ojos de los devotos fuentes de lágrimas, causadoras de grande compasion y amor. Porque aquí es donde el ánima devota, herida con una dulce saeta de amor y compasion, dice aquellas amorosas palabras de la Esposa de los Cantares (b): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas; porque estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice Sant. Bernardo (c): El ánima amorosa mira al verdadero rey Salomon con la corona que lo coronó su madre: ve al unigénito Hijo del Padre llevar la Cruz sobre sus hombros: ve herido y escupido al Señor de la majestad: ve al autor de la vida y de la gloria traspasado con clavos, y herido con lanza, y vituperado con tantos oprobrios; y finalmente velo entregara aquella tan amada vida por sus amigos: ve todas estas cosas, y siendo aquí su ánima traspasada con herida de amor, dice con la Esposa estas palabras (d): Sustentadme con flores, y cercadme de manzanas; porque estoy enferma de amor. Hasta aquí son palabras de Sant. Bernardo. Estas flores y esta fruta se coge del árbol de la Cruz: que son las virtudes que por ella nos son dadas, con las cuales el ánima religiosa trabaja por transformarse en las virtudes y pasiones deste Señor.

Pues la suavidad y consolacion que las personas espirituales en esta sancta meditacion experimentan, ¿quién la podrá explicar? Sant. Buenaventura en el principio de su Estímulo de Amor, hablando de sí mismo, dice así: Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corria cegóme la vista, y despues que no pude ver otra cosa sino sangre, atentando llegué á las entrañas deste Señor: en ellas moro, y de sus dulces manjares me sustento, y no querria salir desta tan deleitable morada, y perder la consolacion que aquí recibo. Mas tengo confianza que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas tornará á entrar cuando dellas saliere. El mismo Sancto dice allí que deseabaser el hierro de la lanza con que el Señor fué herido, por morar siempre en su sagrado pecho; y que deseaba ser la Cruz, para que en él fuese crucificado su Señor; y tambien sepulcro, para ser sepultado con él. Y al cabo dice que es tan grande la suavidad que las ánimas reciben en la consideracion deste misterio, que no solo el espíritu, mas aun la misma carne, amiga de cosas carnales, y enemiga de las espirituales, viene á recibir parte desta consolacion por la redundancia que hay del espíritu en ella. Lo cual dice ser en tanto grado verdad, que ofreciéndose á veces caso de obediencia, ó de alguna obra de caridad forzosa (donde la razon juzga que se debe por entónces dejar el ejercicio de la devocion por el de la obligacion), le pesará á la carne de apartarla dél, por la grande consolacion que en él recibe. Lo cual nos obliga á dar grandes gracias al que con la hiel y amargura de sus tormentos tal convite nos aparejó. Y quien quisiere ver cuán gran tesoro sea para las ánimas este sancto ejercicio, lea una oracion deste mismo sancto Doctor, que hallará en las Adiciones de nuestro Memorial de vida cristiana, en el Vita Christi, que está al principio de la sagrada Pasion, y ahí verá lo que tengo dicho.

(b) Cantic. 2.

(c) Tract. de Diligendo Deo, paulo post init.

(d) Ubi supr.

De aquí nace que todos los maestros de la vida espiritual, así en las religiones como fuera dellas, el primer ejercicio que enseñan á los que comienzan á mudar la vida (después de sus confesiones generales y ejercicios de compuncion y penitencia), es imponerlos en el estudio desta sancta meditacion (conforme á lo que Sant Bernardo (e) escribe á los religiosos del Monte de Dios), porque aquí hallarán copiosa materia de lágrimas y compuncion por sus pecados, considerando que ellos fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron á su Señor.

Por esta via pues comienzan los principiantes. Mas los que están ya en esto ejercitados tienen aquí otros motivos mas acomodados á su estado y aprovechamiento: como son, hacimiento de gracias por este tan grande beneficio, imitacion de las virtudes de Cristo (que en el misterio de la sagrada Pasion mas que en otra parte resplandescen), acrecentamiento de amor por los grandes motivos que en ella para esto tienen, y admiracion de aquella inmensa bondad y caridad de Dios, que por este medio quiso remediar al hombre, y tambien de la sabiduría y consejo divino, que por tan proporcionado y conveniente medio lo remedió; porque para todas estas cosas y otras muchas tenemos argumentos y motivos grandes en la sagrada Pasion. Y no es esto de maravillar, que pues aquel maná que envió Dios en el desierto (f) tenia todos los sabores que deseaba el que lo comia, ¿qué mucho es tener todas estas virtudes y facultades el Señor figurado por aquel maná? En lo cual se ve que chicos y grandes, altos y bajos, perfectos y imperfectos tienen cada cual su manjar proporcionado en este sagrado árbol.

Los filósofos mas sabios entendieron que la felicidad del hombre consistia en la contemplacion de las perfecciones divinas, y estas rastreaban por el conocimiento y orden de las criaturas. Mas para alcanzar la perfecta inteligencia desta orden, era menester estudio de toda la filosofia, y de muchos años, y con todo esto apenas se conocia del Criador mas que su sabiduría y omnipotencia; pues muchos hubo que negaron la providencia y cuidado paternal que tiene de las cosas humanas (que es lo que mas nos importaba saber), como arriba declaramos.

Por tanto plugo á la divina bondad en lugar del libro de las criaturas (donde no pueden leer sino los grandes filósofos) darnos en la vida y muerte de su Hijo un libro de sabiduría tan copioso y tan claro, que la vejecia y el rústico labrador sin letras puedan conocer tanta parte de las perfecciones divinas: esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la providencia y del amor que este Señor tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos, y á su maldad, que es fundamento de toda la filosofia cristiana. Para lo cual ni se requieren letras, ni sutileza de entendimiento, ni muchos años de estudio; mas antes las personas mas simples, y que menos discursos tienen de entendimiento, son á veces mas hábiles para este sancto ejercicio; el cual mas requiere una piadosa afecion y sentimiento de la voluntad, que sutiles discursos del entendimiento, que á veces secan la voluntad; porque cuanto mas la virtud del ánima se reparte y desagua por un camino, tanto menos caudal le queda para repartir por otro.

Démos pues otra y otras muchas veces gracias á aquel

(e) Ad Frat. de Monte Dei, in med. (f) Sap. 16.

soberano Señor, que por este medio nos proveyó de la filosofia deste misterio, en el cual, demas de los otros frutos hasta aquí referidos, hallamos con tanta facilidad, no solo clarísimos argumentos para conocer aquellas perfecciones divinas que arriba dijimos, sino mucho mas grandes motivos y despertadores de compuncion, de agradecimiento, de amor, de admiracion, de devocion y compasion. Porque como en la historia de la sagrada Pasion haya tantos pasos tan dolorosos, apenas se hallará corazon tan duro que no se enterezca y compadezca de lo que ve padecer á aquel inocentísimo cordero, por nuestra causa. Porque tales y tantas fueron las maneras de tormentos y injurias que él padesció, que no digo yo siendo él quien era, mas si á un público malhechor las viéramos padecer, nos moviéramos á compasion. Y á vueltas deste piadoso afecto y sentimiento, suceden otros no menos saludables y provechosos, de los cuales es este el fundamento y el despertador.

CAPITULO XXII.

Fructo décimosexto del árbol de la Cruz: que es tener por ella que presentar y alegar en nuestras oraciones y peticiones ante el Señor.

La oracion, como dice Sant Bernardo (a), es hermana y compañera de la meditacion, porque no es razon hallarse la una sin la otra. Cuánto nos sea necesaria esta virtud, y cuán propia sea del cristiano, en otra parte lo escribimos. Pero cuán continuo haya de ser, enséñalo el Salvador, diciendo (b) que conviene siempre orar sin desfallecer. Y enséñalo el Apóstol (c) cuando manda orar sin cesar; y enséñalo tambien David por su ejemplo, cuando dice (d): Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos. Las cuales palabras no nos piden continuacion puntual, sino moral: que es aconsejarnos que la oracion sea la mas continua que nos fuere posible.

A esta continuacion nos obligan dos cosas principales, que son por una parte la grandeza de nuestra necesidad, y por otra la largueza de la divina bondad. La necesidad es ser continuamente fatigados con mil maneras de trabajos, y molestados con continuas perturbaciones y tentaciones. Mas la largueza de la bondad de Dios nos convida á orar; porque nunca levantáremos humildemente los ojos á él, que no recibamos algun aliento y refresco de su gracia; pues nadie le pide mercedes, sin alcanzar socorro de su misericordia.

Mas para que nuestras peticiones sean eficaces, han de ir acompañadas con otras virtudes, y señaladamente con fe de alcanzar lo que pedimos. Por lo cual dice el Salvador (e): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la recibiréis, y dáoselos ha. Mas esta tal fe y esperanza ¿quién la tendrá tan firme como aquí se nos pide, sintiéndose los hombres, y mayormente los verdaderos humildes, muy vacíos de merecimientos, y muy cargados de pecados, los cuales son como ponzoña que luego tira al corazon y le hace desmayar? A esto respondemos, que aquí no tratamos con el hombre que está envuelto en sus pecados, y quiere perseverar en ellos; sino con el que los tiene aborrecidos y purgados con el sacramento de la penitencia. Pues este tal en lugar de los méritos que le faltan, acójase á los de nuestro Salvador: el cual nos hizo en su testamento, confirmado

(a) De Sancto Andræa, serm. 1. in fin. et alibi sæpe. (b) Luc. 18. (c) 1. The. 5. (d) Psalm. 24. (e) Marc. 11.

con su muerte y con su sangre, herederos de todos sus merecimientos y trabajos, cuanto es de su parte; pues así como vino del cielo á la tierra por nosotros, así todo cuanto en este mundo padesció dende el pesebre hasta la Cruz, fué para nosotros; porque dende el instante de su concepcion estuvo tan rico de bienes de gracia y gloria, como lo está agora en el cielo. Por lo cual, como para sí no tenia necesidad de merecimientos, ni era razon que trabajase y mereciese de balde, aplicó todas estas riquezas de sus merecimientos al remedio del género humano. Aquí se funda la fe y confianza que se requiere para la oracion; siendo ciertos que todo esto es hacienda nuestra que podemos ofrecer y presentar á nuestro Criador, pidiendo mercedes al Padre Eterno por su Hijo, que es nuestro padre, nuestro abogado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

Por lo cual, así como el hijo de un padre que hizo grandes servicios á un rey sin haber recibido mercedes por ellos, pide satisfacción como heredero de todo lo que á su padre se debe; así el hombre puede pedir mercedes al Eterno Padre por los méritos y servicios de Cristo; pues él es nuestro Padre, como le llama Esaiás (f), y nuestro segundo Adam, reengendrador de nuestro espíritu, como lo llama Sant Pablo (g). Y así como aquel hijo en la peticion que hiciese, referiría todas las jornadas y servicios de su padre, para obligar mas al rey; así debe el que ora referir todos los caminos del Hijo de Dios, todos sus cansancios, trabajos, vigiliias, oraciones, persecuciones, hambre, sed, frio, calor, pobreza, calumnias, acusaciones, y finalmente todos los tormentos y injurias de su sacratísima Pasion, procediendo dende aquel doloroso sudor de sangre, por todos los otros pasos dolorosos de su Pasion, hasta que espiró en la Cruz. Pues con este tan piadoso discurso no podrá el hombre desmayar, viendo cuán rica ofrenda tiene que ofrecer en su favor, y cuán justos títulos para pedir perdón y misericordia. Y por esta via hará (como dicen) de un camino dos mandados, juntando el ejercicio de la meditacion con el de la oracion, discurriendo devotamente por todos los pasos de la sagrada Pasion, pidiendo por ellos misericordia al comun Señor.

Por esta via tambien cumpliremos otra cosa que Dios en la ley mandaba: conviene á saber, que nunca pareciésemos vacíos delante del (h). Porque presentándole todos los méritos y trabajos de su amantísimo Hijo y Padre nuestro, de los cuales él nos hizo herederos (como ya dijimos), no se podrá decir que parecemos delante del vacíos. Donde conviene avisar que juntamente con los trabajos deste Señor juntemos todo lo que en este mundo hubiéremos hecho ó padescido por él; porque en compañía de aquellos tan grandes merecimientos, y por virtud dellos tendrán precio y valia los nuestros.

En lo cual se ve cuánto mayores ayudas tienen agora nuestras oraciones que las de los padres de la ley; porque ellos por aplacar y pedir mercedes á Dios, ofrecian sangre de animales, mas nosotros ofrecemos la sangre del Hijo de Dios: de modo que ellos tenían la sombra y la figura, mas nosotros la misma verdad. Pues cuanto va de sangre á sangre, y de sacrificio á sacrificio, tanto va de nuestra ofrenda á la suya. Item, ellos en sus peticiones y necesidades alegaban los méritos de aquellos tres sanctos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (porque estos alegó Moisés (i) para aplacar á Dios por el pe-

(f) Esai. 63. (g) 1. Cor. 15. (h) Exod. 23. et 34. (i) Exod. 32.

cado del becerro), mas nosotros tenemos que presentar los méritos del unigénito Hijo de Dios, que son de infinito precio y valor. Pues ¿cuánto es mejor nuestra condicion y suerte que la de aquellos? Porque aquellos eran solamente hombres, este era hombre y Dios: aquellos, aunque sanctos, todavía eran pecadores; mas este fué inocente y sin pecado: aquellos, si merecian con sus servicios, merecian para sí, y no para otros; mas este Señor, que de nada tenia necesidad, de todo cuanto hizo, padesció y mereció, hizo gracia á su Esposa la Iglesia.

Pues con tales prendas, con tal padrino y tal fiador vamos muy confiados á presentarnos ante el trono de la divina misericordia. Dijo el patriarca Josef á sus hermanos (k): No veréis mi cara si no trajéredes á nuestro hermano Benjamín en vuestra compañía. Trajéronle consigo, y así fueron recibidos del con grande honra y fiesta por amor del hermano, que él mucho amaba. Hagamos pues cuenta que el Padre Eterno nos dice que no parezcamos ante él sin su amantísimo Hijo y hermano nuestro; y estémos confiados que llevándolo con nosotros, serémos muy bien recibidos del. Y tengamos este aviso, que nunca jamás abramos la boca para pedirle mercedes, que no se lo presentemos y las pidamos por él, como vemos que lo hace la Iglesia al fin de cada oracion. Porque esto es pedir en nombre de Cristo, así como él mismo nos lo manda. Y pues (como arriba dijimos) nuestra oracion debe ser perpetua, síguese que nunca se nos ha de caer del corazon y de la boca. Y no piense nadie que se importunará ó enfadará el Padre pidiéndole tantas veces mercedes por su Hijo: ántes si en él pudiera haber alegría nueva, la recibiera todas las veces que le pidiéramos mercedes por él. Mas aunque no es alegría nueva, no deja de haber en él; pero es, y fué siempre, y será eterna.

CAPITULO XXIII.

Fructo décimo séptimo del árbol de la Cruz: que es favor y socorro en las tentaciones.

No pueden faltar tentaciones en esta vida; pues toda ella se llama tentacion. Por lo cual así como se escribe (a), que los hijos de Israel iban armados cuando subian á conquistar la tierra de promision, así lo deben tambien ir los que desean ganar por armas la verdadera tierra de promision, que es la bienaventuranza de la gloria. Mas las armas desta milicia no son corporales, sino espirituales; porque para esta pelea mas nos sirven los ojos que las manos. Y no es de maravillar que pues hay serpientes que mirando matan, nosotros tambien mirando matemos las infernales serpientes; mas no á ellas, sino á aquella imagen de serpiente que Moises por mandamiento de Dios puso en el desierto en un lugar alto (b), para que cuando los hijos de Israel fuesen mordidos de las serpientes que en aquel lugar los herian y mataban, levantasen los ojos á mirar la imagen de aquella serpiente pintada, y luego sanarian. Pues cuando fuéremos acometidos de aquella antigua serpiente, pongamos los ojos en esta serpiente pintada, que es Cristo crucificado, pues parece en lo de fuera malhechor, estando tan lejos de serlo; porque esta vista nos defenderá.

La plática desto es, que cuando el hombre se sintiere tocado de algun mal pensamiento, luego con la mayor

(k) Genes. 45. (a) Num. 32. (b) Num. 21.